

LA NATURALEZA DE LAS CRISIS POLITICAS Y LOS PROCESOS DE TRANSICION EN ARGENTINA

por PATRICIO GAJARDO LAGOMARSINO* **

El presente trabajo pretende dar una visión general de la problemática argentina durante el presente siglo. El análisis comprende el período 1930-1983 e intenta realizar una aproximación reflexiva a la naturaleza de los procesos políticos que se han vivido en ese país.

Debemos señalar que se intentó extraer conclusiones generales, en la medida que estamos ciertos que sólo nos encontramos frente a las primeras consideraciones de un tema de suyo complejo, pero que requiere de una perspectiva amplia que permita realizar un análisis comparativo de cierta validez.

Esta ponencia constituye un intento de esta naturaleza, y se encuentra estructurada en dos partes: la primera de ella se denomina la "era militar" (1), y abarca el período 1930-1976, tratando de establecer algunas consideraciones sobre la naturaleza de las crisis políticas, las intervenciones militares y las salidas políticas consiguientes.

La segunda parte, denominada "El régimen militar de 1976 en Argentina: intentos de consolidación y razones de su desgaste", pretende estudiar al último gobierno militar que presentó características originales, en relación a los procesos anteriores, y que, además, protagonizó un proceso de transición diferente en cuanto a forma y resultados.

*PATRICIO GAJARDO LAGOMARSINO: Licenciado en Historia y Geografía. Magister en Estudios Internacionales del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile y profesor del mismo.

**Este artículo fue presentado al Primer Congreso de la Asociación Chilena de Ciencia Política.

(1) Concepto extraído de Félix Luna. "Argentina de Perón a Lanusse". Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1982.

LA ERA MILITAR

Si analizamos el sistema político argentino durante los últimos cincuenta y cinco años, podemos llegar a concluir que nos encontramos ante un esquema de relaciones políticas con un alto grado de violencia y con marcados síntomas de inestabilidad que se reflejan en frecuentes crisis. Las discontinuidades políticas han sido pronunciadas, la lucha por el poder, sumamente intensa. Este panorama ha sido acompañado en las últimas décadas por un fuerte estancamiento económico, seguramente vinculado, a través de un proceso de causación recíproca, con la situación de caos institucional.

Los procesos políticos argentinos nos señalan que nos encontramos frente a un país conflictivo y complejo, a pesar que nosotros tendemos a percibir a la República Argentina como un país potencialmente poderoso, rico en elementos humanos y posibilidades económicas. Esta realidad evidente hace aún más difícil explicar el panorama de inestabilidad que refleja, como característica principal de su evolución política.

Para tratar de entender esta situación debemos intentar extraer algunas conclusiones generales que nos permitan establecer aproximaciones a los elementos que componen el cuadro político argentino. Y, de acuerdo a esta perspectiva, podemos señalar lo siguiente:

1. Se observa una gran discontinuidad política que se aprecia en las alternativas de los distintos grupos que disputan y alcanzan el poder, las cuales reflejan relaciones y perspectivas absolutamente diferentes y, posiblemente, antagónicas entre sí.
2. De la conclusión anteriormente expuesta se extrae que por consiguiente las luchas por el poder son frecuentes y radicalizadas.

3. A todo ello debemos sumarle, como un factor determinante en la periodicidad de las crisis, una extensa debilidad institucional, y una marcada ausencia de reglas y procedimientos reguladores del conflicto político entre las élites.

Dante Caputo nos describe este panorama: “Porque así es la Argentina, con una esclarecida elite que impuso modelos y comportamientos económicos que terminaron produciendo la parálisis del sistema capitalista, con sectores populares que emergieron como una fuerza nueva y que agotaron su capacidad de innovación entre los márgenes estériles de un movimiento autoritario como el peronismo: con sindicatos que combatieron a menudo a los gobiernos democráticos para aliarse a regímenes militares; con grupos políticos innovadores —como el frondicismo— que mostraron la imagen de una inédita capacidad técnica y canalizaron masivos apoyos populares para que, a poco andar, viraron en 180 grados sus políticas; con militares modernizantes e industrializantes que no hicieron ni una cosa ni la otra; con una guerrilla que se expresó como uno de los fenómenos más dementes y amorales; y, en fin, con un gobierno radical democrático, el mejor de muchos años, y que no logró concitar a más de 100 personas en su defensa cuando fue despojado del poder en 1966.

No, la Argentina ya no es tierra de ilusiones fáciles” (2).

Las palabras del actual canciller argentino nos describen las vivencias de una sociedad protagonista de una historia agitada, en la cual diversas empresas militares y civiles de ordenamiento fracasaron en el objetivo de crear un orden político estable.

Entre 1930 y 1976 se sucedieron seis regímenes militares (1930, 1943, 1955, 1962, 1966, 1976), los que, con distinta

(2) Dante Caputo. “Balance Provisorio” en Peter Waldmann, Ernesto Garzón Valdez. “El poder militar en Argentina” 1976-1981 (Buenos Aires, *Editorial Galerna*, 1982).

duración, propósitos y grado de apoyo en la sociedad, desembocaron en la entrega del gobierno a los civiles: incluso a aquellos que los militares definían como sus adversarios. Los cuatro regímenes posteriores al derrocamiento del primer gobierno peronista no lograron desterrar a ese movimiento de la vida política argentina. El régimen instalado en 1966 fue más allá de sus predecesores y se propuso fundar un orden nuevo, de carácter semicorporativo y no parlamentario. Este intento de recrear nuevos nexos entre la sociedad y el Estado fracasó. Finalmente el régimen iniciado en 1976 se derrumbó ante una crisis generalizada que culminó con la derrota de las Malvinas en 1982.

Pero debemos preguntarnos: ¿Cuáles son los elementos que dan forma a este cuadro de inestabilidad? Para responder a esta pregunta debemos reconstituir los fenómenos sociales y políticos que dan forma a la Argentina contemporánea, y creemos que debemos establecer tres consideraciones que son de suma importancia:

1. La llegada de un flujo migratorio de magnitud a principio de siglo, lo que da surgimiento a una clase media con características y aspiraciones propias.

2. El papel que entran a cumplir los militares en la política argentina, en la cual se observan dos etapas precisas: 1930-1976, 1976-1983.

3. El fenómeno del peronismo y el consiguiente surgimiento de una elite sindical activa políticamente.

En relación al primer punto, se debe señalar que, entre 1900 y 1920, Argentina figuró entre los países más avanzados del mundo, desde el punto de vista del ritmo de su expansión económica, social y, descartando la depresión de 1896, se puede señalar que hubo casi cuarenta años con una tasa de crecimiento del seis por ciento anual.

El desarrollo descrito se debía fundamentalmente al desarrollo de la Pampa, a través de una red de ferrocarriles (de

propiedad británica), que habían convertido a este país en uno de los más grandes productores de cereales y de carnes del mundo.

Este proceso de crecimiento sostenido alimentó un elemento básico de la composición social del país, que se desarrolló fundamentalmente entre 1857 y 1916 con la llegada a la Argentina de cuatro millones ochocientos mil inmigrantes europeos, de los cuales casi tres millones permanecieron en el país.

David Rock, en su artículo denominado “Las dos primeras décadas del siglo XX”, nos señala que la inmigración influyó en casi todos los aspectos de la vida argentina y, a pesar de que esta gran masa de recién llegados no tuviesen derecho a voto, las ideas que importaron jugaron un papel importante en los movimientos políticos del período, impulsando un proceso de democratización del país, que se tradujo en la apertura al sistema de sufragio universal secreto. Este fue aprobado en 1912 por una ley que sería conocida con el nombre de su iniciador: Sáenz Peña (3).

Otro ejemplo de este proceso renovador, que impulsaron los inmigrantes, se observa en la formación de la jerarquía de la Unión Cívica Radical, actual partido en el gobierno, formado en 1916, y que ha intentado reflejar en la política argentina una opción que pretende ser representativa de los valores de la clase media.

Resumiendo, podemos decir que el factor migratorio generó una tendencia hacia la democratización, que se resolvió en una presión por incorporar a nuevos sectores a la vida política del país, a través de un impulso al cambio político propiciado por el crecimiento del pluralismo social, producido por el fenómeno anteriormente descrito.

Paralelamente a esta situación, se inicia lo que se ha denominado la era militar, que, en principio, va a intentar responder a

(3) David Rock. “Las dos primeras décadas del siglo XX: la influencia de la inmigración. *Ibid.*, pág. 21.

esta necesidad de cambio que demandaba el sistema político argentino.

En 1930 es derrocado Hipólito Irigoyen, quien había llegado al poder en 1916 liderando al Partido Radical, el cual intentó generar un modelo político fundamentalmente basado en las libertades civiles y la justicia social. Sin embargo, luego de catorce años en el poder, este partido no había logrado aprobar prácticamente ninguna legislación social. Las condiciones políticas y económicas crearon el ambiente para que intervinieran los militares, inaugurándose así la denominada "era militar", que se expresa en intervenciones frecuentes de parte de las fuerzas armadas, durante cincuenta años, y en la cual, por la debilidad institucional existente en el país, se hace imposible desmilitarizar la vida pública. Se produce, por consiguiente, una hegemonía del poder militar, incluyendo distintas formas de influencia que ejercieron en los gobiernos civiles.

Si establecemos un panorama que abarque desde 1930 hasta 1976, se concluye en esa fecha, debido a que el régimen militar que se inicia en ese período y que dura hasta 1983, posee y desarrolla características diferentes a aquellas percibidas en gobiernos militares anteriores, ningún presidente elegido en el marco de una sucesión normal terminó su mandato constitucional, exceptuando a Justo, en 1932, y a Perón, en 1946.

Resulta interesante destacar, eso sí, que los militares, en este período, se hacen directamente cargo del gobierno. No institucionalizan su participación en el poder y lo devuelven periódicamente a los civiles.

Los militares pasan a ser, desde 1930, fuerzas partidarias, y los grupos sociales y políticos determinan su papel en consecuencia, transformándose en grupos de interés que presionan sobre la sociedad militar.

Ernesto Garzón Valdez, en su texto “El poder militar en la Argentina”, establece que para entender el período que va desde 1930 a 1976 se deben considerar los siguientes aspectos:

1. Las fuerzas armadas pasan a constituir un actor legítimo del sistema político y las violaciones del orden constitucional por parte de ellas, no tienden a generar la unión de las fuerzas civiles; muy por el contrario, se considera natural que los vencidos en las urnas presionen permanentemente a las fuerzas armadas, a fin de que actúen a su favor.

2. Todos los partidos políticos consideran como parte de un proceso natural buscar el apoyo de los militares para lograr sus fines.

3. En este período, a pesar de una innegable condición conservadora, no se puede considerar a las fuerzas armadas perteneciendo por definición a un determinado sector ideológico (4).

Por consiguiente, se puede concluir que, entre los años 1930 y 1976, civiles o militares se constituyen de hecho en aliados políticos, con recursos evidentemente desiguales, pero eminentemente complementarios.

Peter Waldmann nos describe esta situación: “Todos los partidos buscan el apoyo de los militares para fines políticos. El antimilitarismo no aparece en los discursos públicos, tampoco en el comportamiento colectivo, ni a la derecha ni a la izquierda del tablero político. El militarismo no deja de estar presente en ningún partido. El sueño del “coronel propio” es la fórmula de salvación política. Incluso el Partido Comunista, a pesar del anticomunismo de las fuerzas armadas argentinas, se esfuerza por descubrir oficiales “patriotas y progresistas”. Encuentra algunos como el general Rosas, rival de Onganía en los años 60. Algunas veces apoyaron a algunos presidentes militares, porque mantenían buenas relaciones con la Unión Soviética.

(4) Ernesto Garzón Valdez. *ibid.*, pág. 103.

“...En la extrema izquierda el modelo nasserista o, más cerca nuestro, el precedente peruano, se ha combinado con una interpretación revolucionaria del peronismo. También los marxiperonistas y otros justicialistas de izquierda esperaron, con cierta fe, la llegada de un nuevo coronel de los trabajadores, quien daría el poder al pueblo” (5).

Las presiones civiles sobre el aparato militar adoptaron formas muy diversas, pero, eso sí, la evolución de estas modalidades de intervención parecen marcadas por un aspecto cada vez más abierto y público: a medida que la dominación militar se legitima, las alianzas políticas militares se ven más claras, y los principios constitucionales liberales pierden toda relación con la naturaleza del poder.

Inmersos en esta situación, no fue extraño ver cómo el Partido Radical, defensor por convicción y doctrina de las instituciones democráticas, y víctima del pronunciamiento militar de 1930, se toma revancha respecto a los conservadores cuando se derroca al Presidente Castillo en 1943. La Unión Cívica Radical celebró abiertamente esta intervención militar. Según Alain Rouquié, no estuvo totalmente ajena a la preparación del complot de los generales Rawson y Ramírez (6).

El tercer aspecto, que es preciso destacar como parte del diagnóstico de la inestabilidad de la política argentina de los últimos años, lo constituye, sin lugar a dudas, el desarrollo de una corriente política que se define, más que en un cuerpo doctrinario, en un fenómeno social carismático: el peronismo.

El movimiento justicialista logra organizar los sindicatos y darles una presencia política de magnitud, lo que llegará a ser un elemento clave para comprender las dificultades que implicaba intentar gobernar sin contar con esa fuerza de apoyo.

(5) Peter Waldmann, Ernesto Garzón Valdez. *Ibid.*, pág. 67.

(6) Alain Rouquié. *El poder militar en la Argentina de hoy: cambio y continuidad*. *Ibid.*, pág. 69.

Juan Domingo Perón en 1946, al cumplir cincuenta años, asumió, luego de elecciones, la Presidencia de la República con un 56 por ciento de los votos. Había formado parte de un grupo de militares nacionalistas que habían tomado el poder en 1943. Político hábil, se había dado cuenta del potencial de la clase trabajadora; más aún, si se considera que el país se encontraba vivenciando un proceso de modernización, lo que implicaba que una gran masa de obreros no organizados presionaban por incorporarse, en forma activa, a la vida política de la Argentina. Este proceso fue percibido por Perón, quien incorporaría a una nueva elite al juego político: los sindicatos.

La construcción de enormes obras sociales, aumentos de salarios y favorables leyes laborales generaron sindicatos poderosos, que pasaron a ser la base de sustentación del poder político peronista.

Félix Luna nos describe el período de auge del gobierno peronista: “Hacia 1954 el Presidente Juan Perón había logrado su objetivo, tantas veces proclamado, de estructurar una comunidad organizada” (7). No había en ese momento ningún elemento importante de la vida nacional que, de uno u otro modo, no estuviera vinculado al poder del Estado.

La CGT (Central General de Trabajadores), con su aparato sindical, constituía una de las tres ramas del partido oficial. Los profesionales, los empresarios y los estudiantes estaban organizados en otras tantas confederaciones dirigidas desde el gobierno. Las fuerzas armadas, con jefes adictos al presidente, permanecían tranquilas después del fallido intento de intervención de 1951. Las fuerzas de seguridad exhibían un alto nivel de efectividad y actuaban coordinadamente en todo el país, con un sistema de informaciones que cubría todas las áreas de la vida nacional. La prensa, casi en su totalidad, la radio y la incipiente televisión se

(7) Félix Luna. Golpes militares y salidas electorales. (Buenos Aires, *Editorial Sudamericana*, 1983), pág. 67.

manejaban desde la Secretaría de Informaciones de la Presidencia, y ni una línea de los diarios o una frase de las radios escapaba al abrumador aparato de propaganda del régimen, ni a sus reiteradas consignas. Las universidades, las entidades culturales y deportivas, la educación en todos sus niveles, estaban sujetas a estrictas normas y participaban en la repetición de alabanzas, que era la tónica del sistema.

“...nada era ajeno al régimen. Un régimen que —es justo señalarlo— se apoyaba en una voluntad popular abrumadoramente mayoritaria, expresada a través de comicios formalmente correctos, así como en leyes aprobadas por un Congreso, donde el oficialismo contaba con la unanimidad del Senado y los dos tercios de la Cámara de Diputados, en el marco de una Constitución jurada en 1949 por oficialistas y opositores.

“El poder de Perón era enorme y, sin duda, compulsivo; pero provenía de fuentes legítimas y sus mecanismos eran formalmente inobjetables” (8). A través de estos párrafos percibimos claramente el impacto del peronismo, que, aunque parezca paradójico, al año siguiente se enfrentaría a una crisis que llevaría a la caída de su gobierno, y a una nueva intervención militar.

A pesar de que no es la intención de este trabajo rescatar las causas específicas de este proceso, sí debemos extraer una conclusión en la cual confluyen todos los analistas políticos: el peronismo, a pesar de la crisis de 1955, continuó estando vigente, constituyéndose en un factor determinante de la inestabilidad política de la Argentina.

Para entender esta situación, hay que considerar dos hechos que redefinieron la manera de hacer política, por lo menos en forma determinante, hasta 1973: por una parte, se percibe la identificación política que había logrado el peronismo en los sectores populares y, por otra, el poder que el propio Perón supo conservar durante los casi veinte años que estuvo en el exilio.

(8) *Ibid.*, pág. 70.

La fuerte dependencia del movimiento obrero, organizado a través del carisma personal del líder, fue el contexto en el que se desarrollaron todos los fenómenos políticos a contar de 1955, y sólo podemos considerar que existe una superación de esta situación con la llegada de Alfonsín al poder en 1983.

En los hechos, el peronismo en este período funcionó como el gran partido opositor; aunque excluido del sistema político, determinaba el triunfo o la derrota de cualquier combinación política que propusiera una salida legal a las crisis de sucesión que se iniciaron desde 1955.

Su líder, desde el exilio, logró —no sin conflictos— con los dirigentes sindicales impedir la estabilización de toda fórmula política elaborada por sus adversarios, militares o civiles.

El régimen militar instalado en 1955 tuvo una vida corta: en 1958 las fuerzas armadas entregaron el gobierno a Arturo Frondizi, elegido presidente gracias a los votos peronistas. El gobierno y él se proponían modernizar las estructuras productivas del país, por medio de una perspectiva económica que apuntaba a la profundización del proceso industrial, a la apertura del capital extranjero y a un programa de austeridad.

Sin embargo, en las condiciones nacidas del derrocamiento del peronismo, el proyecto desarrollista de Frondizi corrió la suerte que la debilidad del gobierno le impuso. Sostenido por una frágil alianza, que no tardó en mostrar su carácter puramente táctico, sin una base de apoyo social propio, sus actos de gobierno perdieron legitimidad, y en 1962 una intervención militar puso fin al gobierno de Frondizi.

Las mismas razones, que llevaron a la crisis de legitimidad al gobierno anterior, provocaron los conflictos en el seno del gobierno de las fuerzas armadas. A esto debemos sumarle la falta de principios sustentadores de esta intervención militar, lo que llevaría al dilema de no saber cómo comportarse frente al peronismo, ni tampoco qué orientación darle al gobierno. Al interior

del régimen militar surgieron dos facciones, que dirimirían sus diferencias por medio de un combate evidente, entre los partidarios de transar con el peronismo y otros deseosos de extirparlos de la vida política argentina.

Félix Luna nos describe el panorama que se vivía en 1962: “El 29 de marzo de 1962 la Argentina careció de presidente. El mandatario constitucional estaba confinado en Martín García desde la ocho de la mañana y quienes lo habían depuesto se reunieron a las diecisiete horas para ver qué hacían con el poder.

“Aproximadamente a las dieciséis horas el titular del Senado, doctor José María Guido, había jurado desempeñarse como primer magistrado de la nación, pero mientras los comandantes en jefe de las fuerzas armadas no homologaran esta decisión, la misma carecía de efectividad real.

“Sin embargo, el país no se alteró por esta curiosa circunstancia. Todo fue normal en esa jornada: los chicos fueron a la escuela, los empleados a sus oficinas, los mercaderes a sus comercios. La más completa indiferencia había rodeado al derrocamiento del doctor Arturo Frondizi” (9).

En 1963 se convoca a elecciones y triunfa el Partido Radical, llevando al gobierno a Arturo Illia. Pero el radicalismo no podría gobernar, ya que en las elecciones una masa importante del electorado no se encontraba representada, lo que iba a demostrar nuevamente que, sin el peronismo, no se podía llevar a cabo ningún programa político en la Argentina.

En 1966 una nueva intervención militar inaugura un ambicioso proyecto de transformación económica y social. La denominada “revolución argentina” pretendía dividir en tres etapas las transformaciones que se debían llevar a cabo en el país: la económica, social y política. La falta de apoyo de parte de importantes sectores militares queda en descubierto, ya en 1969,

(9) Ibid., pág. 123.

cuando unos cincuenta generales en actividad se niegan a renovar el respaldo que habían brindado al Presidente Onganía cuatro años antes. Una serie de rebeliones regionales en el período que va desde 1969 a 1970 mostraron la precariedad del régimen y, simultáneamente, la impotencia de los partidos políticos como instituciones de mediación y de guía.

Cuando, en 1971, asume el general Lanusse, relevando al general Levingston, el gobierno que se había iniciado en 1966 se encontraba en plena decadencia. El acuerdo con Perón se fue perfilando como la única alternativa para la crisis del régimen militar, impugnado por una serie de movimientos sociales, liderados desde España por Perón. El general Lanusse fracasó en su intento de definir las condiciones de la retirada militar. Los militares se vieron obligados a entregar el gobierno al peronismo triunfante en las elecciones de 1973.

Luna nos describe el papel que ejerció Perón a la distancia, acelerando el derrumbe de la denominada revolución argentina: “Para agravar la situación del régimen que entraba a conducir Lanusse, estaba Perón. Jefe de un partido que jamás le pediría explicaciones, que aceptaría todo lo que su líder ordenara. Perón jugaba su juego desde Madrid con varias ventajas. En primer lugar, el fracaso del gobierno militar que hacía desear cualquier cosa que fuera contraria y distinta a él. En segundo lugar, porque un proceso muy curioso lo había convertido en el ídolo de la izquierda, la garantía de los empresarios, la esperanza de los jóvenes, el alborozo de los trabajadores... ¡todo al mismo tiempo! Además, Perón estaba lejos y entonces podía hacer lo que hacen los comandantes que mandan a distancia del teatro de operaciones: echar la culpa a los elementos operativos cada vez que el plan falla. Y una última ventaja, tal vez la más importante: su total carencia de escrúpulos políticos, que le permitían alentar el terrorismo de las “formaciones especiales” y, al mismo tiempo, hablar de la necesidad de ponerse de acuerdo con los otros partidos, guñar el ojo a los enviados del régimen militar y,

contemporáneamente, decapitar a quienes avanzan demasiado en los contactos con las fuerzas armadas; bendecir a los dirigentes sindicales y, entre tanto, aprobar las amenazas contra “la burocracia sindical”. La experiencia de su largo exilio daba a las acciones de Perón una invencible versatilidad, que descontrolaba a todos y le permitía adoptar las estrategias más sorprendentes” (10).

El tercer gobierno peronista, iniciado en 1973, no llegó a terminar el período constitucionalmente establecido, y fue derrocado en marzo de 1976. El gobierno peronista se debatió en una crisis profunda. Como nunca en el pasado la descomposición de la autoridad estatal y su total incapacidad para hacer frente a la crisis abrieron el camino para que los militares transitaran por él, sin encontrar mayores resistencias. La muerte de Perón en 1974 marcó el punto de no retorno para una crisis que escapaba a todo control y penetraba en el peronismo, y que, incluso, llegó a cuestionar su propia naturaleza.

EL REGIMEN MILITAR DE 1976 EN ARGENTINA: INTENTOS DE CONSOLIDACION Y RAZONES DE SU DESGASTE

Los elementos que hacen diferente la intervención militar del año 1976 radican fundamentalmente en el hecho de que el régimen que se inaugura en esa oportunidad, y que reemplaza al gobierno de la señora María Estela Martínez de Perón, va a modificar el esquema del militarismo argentino.

La denominada era militar iba a dar paso a un proceso de organización institucional que permitiera la sucesión presidencial, sin que retomaran el poder los civiles, y sin recurrir a procedimientos electorales. La “era militar”, que concebía a las fuerzas armadas como un poder más en conjunción con otras organiza-

(10) *Ibid.*, pág. 139.

ciones (partidos políticos, sindicatos, etc.) concluye ese 24 de marzo.

Razones que expliquen esta modificación de conducta pueden haber muchas, en términos del caos institucional y económico que vivenciaba el país en 1976; pero, sin lugar a dudas, que el hecho que la intervención militar no tuviera que presentarse como una alternativa frente a un movimiento peronista proscrito, sino que, muy por el contrario, en la medida que surgía de una crisis de un gobierno de esa orientación, llevaría a los militares a no plantear esta nueva intervención en términos de transitoria, sino que había llegado el momento para generar las bases de una Argentina poderosa, tanto económica como institucionalmente.

Se podría advertir, eso sí, en relación a esta afirmación, que existen antecedentes de intervenciones militares con fines fundacionales, como lo fue la denominada revolución argentina de 1966, pero diez años más tarde no se presentaba la alternativa peronista como una fórmula de salvación o condena de la política argentina. La muerte del líder y el desgaste del gobierno de María Estela Martínez abrían al interior del peronismo una crisis que, vinculada a un caos generalizado, llevó a los militares a intervenir, no con el fin de entrar en un juego político tradicional, sino que generar en éste nuevas reglas.

Una breve descripción de lo que se vivía en Argentina en este período nos puede ayudar a entender esta problemática. “En 1975 el país involucionó en relación con años anteriores. El PBI descendió 1.4% y se preveía para el año siguiente un descenso del 6%. El PBI per cápita había bajado un 3%. A fines de 1975 el salario real estaba una cuarta parte más bajo que el nivel que tenía cuando empezó el gobierno justicialista, en mayo de 1973, y en marzo de 1976 la totalidad de la emisión de billetes se multiplicó en catorce veces. Solamente en el año 1975 la inflación había aumentado un 334,8%, según información oficial... Pero el desgaste económico del régimen presidido por María

Estela Martínez de Perón era sólo una parte del cuadro que ofrecía la Argentina a fines de 1975 y, como la mayoría de las cosas que estaban ocurriendo, no era sino una secuela de la pesada herencia que había dejado Perón.

“Otro fragmento de este oscuro paisaje estaba teñido de rojo con la acción de las organizaciones terroristas, de diverso signo ideológico, pero idéntica devoción por la violencia. Este horror también era, en gran parte, una herencia de Perón que anteriormente había mimado a sus “formaciones especiales” y luego se había distanciado de ellos hasta anatematizarlos, pero sin poder desmontar su fuerza. El ERP y los Montoneros asediaban ahora al gobierno de María Estela Martínez; los secuestros y asesinatos creaban una sensación de inseguridad colectiva. Las tres A, creación de López Rega, junto con diversos grupos de ultraderecha, hacían lo suyo, por su parte. Frente a esta virtual guerra civil, las fuerzas de seguridad y las fuerzas armadas eran impotentes, salvo en Tucumán, donde la guerrilla rural estaba sufriendo golpes graves. Un cálculo siniestro: en 1975 se producían tres muertes diarias por motivos políticos, es decir, que cada ocho horas un argentino perdía la vida violentamente” (11).

La crisis política fue definida como una enfermedad crónica, y se reconocía que se remontaba a varias décadas, y que de alguna manera estaba enraizada en la relación existente entre la sociedad y el Estado. Este diagnóstico es claramente perceptible si consideramos lo señalado en la parte de este trabajo que se refiere a la “era militar”.

Liliana de Riz nos señala lo siguiente: “Las intervenciones militares de 1955 y 1962 habían circunscrito su empresa al dilema peronismo versus no peronismo y habían quedado encerrados en una definición electoral del conflicto al que se enfrentaban (¿Cómo impedir que el peronismo triunfe en elecciones libres?). En 1966 y en 1976 los militares reconocieron a la crisis

(11) *Ibid.*, pág. 154.

raíces más profundas en la economía y la sociedad argentina, porque, de lo contrario, sus victorias serían pírricas. Los protagonistas del denominado “Proceso de Reorganización Nacional” en 1976 diferían de sus antecesores inmediatos en el enfoque de la crisis y en la concepción del camino para solucionarla. Abandonaron el calificativo de revolución utilizado en 1966, y se propusieron atacar los parámetros fundamentales del ordenamiento de la sociedad argentina, esta vez recurriendo a una acción autoritaria, sin desviaciones corporativistas en su *modus operandi*, ya que éstos lo habían constatado: dejaban intactas las instituciones y las políticas que hacían factible el retorno recurrente del peronismo al gobierno” (12).

En función de un diagnóstico similar, los militares reformularon la economía y la política en la sociedad argentina. En 1976 la economía fue concebida como un instrumento fundamental para transformar radicalmente el sistema social y político.

Retomando a Liliana de Riz, quien fuera una analista crítica del régimen militar, nos señala lo siguiente: “Los reorganizadores militares retomaron de manera exacerbada los supuestos y los objetivos más ambiciosos de sus predecesores. Se proponían crear un país social, económica y políticamente inédito, cambiar radicalmente las instituciones políticas y las pautas tradicionales de funcionamiento de la economía y de su inscripción en un orden mundial modificado” (13).

Miguel Angel Iribarne, partidario de la intervención, nos expone ocho razones que resumen el sentido que tuvo la intervención militar de 1976:

1. “La democracia de masas”, inaugurada en Argentina con el advenimiento de Irigoyen al poder, se desarrolla bajo un

(12) Liliana de Riz. Argentina: ni democracia estable, ni régimen militar, en Oscar Oszlak. Proceso, crisis y transición democrática (Buenos Aires, Editorial de América Latina, 1984), pág. 12.

(13) Ibid., pág. 14.

signo de populismo creciente que se va desplazando desde los hábitos políticos hacia la organización de la economía y de la estructura íntima de la sociedad.

2. Este deslizamiento fue periódicamente interrumpido por intervenciones militares que intentaron detener la caída, reordenando el Estado y alivianando la economía.
3. No obstante estas intervenciones, fracasaron reiteradamente en satisfacer la necesidad de crear un régimen político estable.
4. Este fracaso se habría producido por una errónea o insuficiente comprensión de la naturaleza de la crisis.
5. De este error habrían nacido esquemas políticos caracterizados por su irrepresentatividad y su fragilidad intrínseca, que cada vez duraron menos (once años la Concordancia, nueve años el peronismo, cuatro años Frondizi, tres años la nueva experiencia peronista...).
6. A lo largo de este proceso cíclico, que se habría iniciado en 1916, la Argentina habría retrocedido paulatinamente en el concierto internacional.
7. El conjunto de los partidos se asoció a la última experiencia institucional (el peronismo) de manera más estrecha que en circunstancias anteriores, convirtiendo a toda la clase política en corresponsable por acción u omisión del estado de cosas vigentes al 24 de marzo de 1976.
8. Según Iribarne, las fuerzas armadas habían ensayado todo, menos la formulación de su propio proyecto, el establecimiento de una nueva legitimidad, y la suscitación —a través del tiempo que haga falta— de una nueva clase identificada con tal proyecto y fundada en tal legitimidad (14).

(14) Miguel Angel Iribarne. *El Rescate de la República* (Buenos Aires, *Emecé Editores*, 1978, págs. 54-55).

Pero, a pesar de todas las razones expuestas, se fue gestando una crisis al interior del régimen militar que lo llevó en 1983 a un colapso definitivo. ¿Cómo podemos explicar esta situación? ¿Cuándo se inició este proceso de desgaste del régimen militar?

Frente a estas preguntas podemos encontrar muchísimas interpretaciones, pero lo que sí parece evidente, que si en la denominada "era militar" no se propusieron alternativas válidas para superar la creciente inestabilidad del sistema político argentino, en 1976 parece ser que el desafío al cual estaban enfrentadas las fuerzas armadas no fue acompañado con una voluntad coherente para definir objetivos que pudieran conducir al país en una determinada dirección.

Todos los deseos de transformación de las estructuras del país no fueron definidos en una política sistemática, que implicaba necesariamente un desgaste en términos políticos. El régimen militar, instaurado en 1976, se enfrentaba a lo que éste denominaba una guerra interna contra la guerrilla, y a la necesidad de ofrecer resultados económicos rápidos y que se creyó que, por la misma potencialidad del país, no debían necesariamente exigir esfuerzos muy intensos de parte de la población.

Esto se aprecia claramente en el abandono de la política antiinflacionaria contractiva iniciada en la segunda mitad de 1977, lo que se debía no a la imposibilidad de controlar la oferta monetaria en presencia de un mercado de capitales abierto al exterior, sino a la negativa del gobierno a enfrentar las consecuencias sociales y estructurales de dicha política. Las fuerzas armadas vetaron desde un principio, invocando razones de seguridad, toda política económica que significara un alto nivel de desempleo. El objetivo principal del proyecto militar era disciplinar a las fuerzas sociales en pugna; pero, sin embargo, ello no involucraba provocar crisis en la industria que generara la consiguiente tensión social.

“Los militares argentinos fueron quedándose progresivamente aislados. La brecha entre el apoyo a los objetivos políticos de orden y el sostén de las medidas económicas se acentuó, alimentada por el criticismo de aquellos grupos estratégicos que pasaran a ser disidentes. Los industriales levantaron la bandera del crecimiento y pidieron comprensión ante la ola de bancarrotas que siguió a la crisis financiera. Los agrarios reclamaron orden y apoyo para el sector; los banqueros buscaron recuperar sus ventajosas posiciones perdidas” (15).

El carácter contradictorio de un régimen, fundado en una política económica que exigía restricciones, pero que no estaba de acuerdo con la imagen de las condiciones estructurales y sociales deseadas por sus gobernantes, terminó por bloquear las decisiones de sus tecnócratas, sin que ello se tradujese en la conquista de un soporte social propio. Al finalizar la gestión de Videla, se pudo comprobar que no se había logrado gobernar a las fuerzas sociales, ni se pudo lograr el ansiado crecimiento económico, pese a las transformaciones estructurales emprendidas.

En marzo de 1981 el general Viola sucedió como presidente de la Junta Militar al general Videla, en medio de un clima de incertidumbre general y ante un gobierno que evidenciaba un acelerado proceso de desgaste. Viola reiteró que no había sido designado para liquidar el proceso, sino para continuarlo; que no buscaba una salida, sino una solución.

Sin embargo, la crisis de credibilidad abarcó a toda la sociedad argentina y penetró en el seno de las instituciones castrenses. Mientras el nuevo presidente hacía declaraciones ambiguas y buscaba establecer lazos con los partidos políticos, el comandante en jefe de las fuerzas armadas, general Galtieri, declaraba que “en los últimos cincuenta años otros procesos militares, enfrentados con el criticismo, tomaron el camino e-

(15) Op. cit. Liliana de Riz, pág. 16.

quivocado y creyeron que las elecciones eran la solución al problema político. La historia de estos fracasos sucesivos, las consecuencias de los que aún sufrimos, nos deja la dura pero sabia lección de que no debemos cometer el mismo error'' (16).

La posición de Galtieri de recuperar la iniciativa militar y no renunciar al objetivo de crear la herencia política del régimen, se impuso al interior de las fuerzas armadas. Viola fue obligado a renunciar, pretextando una enfermedad que él mismo desmintió en la prensa.

El general Galtieri, tercer presidente del régimen, trató de fortalecer la figura presidencial para ocultar la crisis por la que atravesaba el gobierno militar. Pero, sin poder solucionar la crisis económica, el gobierno militar se mostró precario, contradictorio y atravesado por pugnas que no podía resolver. En un clima de franco deterioro del poder, se fue gestando la reactivación de la oposición política y sindical al gobierno militar. El 30 de marzo de 1982 la manifestación convocada por la Confederación General del Trabajo mostró el grado de desgaste en que se encontraba el régimen.

El 2 de abril se invaden las islas Malvinas, intentando, con la última carta que le quedaba a Galtieri, mantener su gobierno: la guerra contra un enemigo externo, la Gran Bretaña. En el breve período que se prolongó hasta que los militares tuvieron que reconocer su derrota, el gobierno logró recuperar la iniciativa política. Pero, luego de la derrota militar en la guerra, se creó una crisis generalizada del régimen: descomposición total de la autoridad y fragmentación interna de las fuerzas armadas. La alternativa de una retirada honrosa se esfumó. El general Bignone, sucesor de Galtieri, con el único respaldo en el Ejército, quedó a cargo de la gestión de la crisis. El experimento militar había fracasado y el 30 de octubre de 1983 triunfa el radicalismo, llegando al poder, con un apoyo mayoritario, Raúl Alfonsín.

(16) Ibid., pág. 18.

Muchos desafíos ha tenido que enfrentar el mandatario radical, pero no se puede establecer que sus intenciones han apuntado a eliminar el mal endémico de la Argentina: la inestabilidad política. Si dicho estadista lo logra, se podrá decir que se ha entrado en una nueva etapa de la política argentina, y el populismo, como núcleo del quehacer político, ha sido superado.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- BALAGRA HERPS, Enrique; LOPEZ PINTOR, Rafael (compiladores), *Iberoamérica en los años 80. Perspectivas de cambio social y político* (Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1982).
- CAPUTO, Dante, *Balance Provisorio*, en Peter Waldmann y Ernesto Garzón Valdez (compiladores); *El poder militar en la Argentina 1976-1981* (Buenos Aires, Editorial Galerna, 1982).
- DE IMAZ, José Luis, *Los que mandan* (Buenos Aires, Editorial El Coloquio, 1977).
- DE RIZ, Lilian, *Argentina: ni democracia estable ni gobierno militar*, en Oscar Oszlak y otros.
- ENTREVISTA EXCLUSIVA DE LA NACION CON EL CANCELLER CAPUTO, *Diario La Nación* (Buenos Aires, agosto 14 de 1985).
- IRIBARNE, Miguel Angel, *El Rescate de la República* (Buenos Aires, Emecé Editores, 1978).
- LUNA, Félix, *Argentina de Perón a Lanusse* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1982).
- LUNA, Félix, *Golpes militares y salidas electorales* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1983).
- OSZLAK, Oscar y otros, *Procesos, crisis y transición democrática* (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984).
- ROUQUIE, Alain, *Radicales y desarrollistas en la Argentina* (Buenos Aires, Shapire Editores, 1967).